

LA PROVIDENCIA

(Traducida de Cowper.)

Anda el Señor en misteriosa ruta
 Sus grandes maravillas al obrar,
 Camina por el mar con planta enjuta
 O cabalga en el férvido huracán.

En abismo profundo, impenetrable,
 Atesora designios de bondad,
 Y, oculta para el hombre miserable,
 Guarda su soberana voluntad.

¡Justos! que su furor estáis temiendo,
 Esa eléctrica nube que os da horror
 Preñada está de bienes, y en rompiendo,
 Verterá bendiciones sobre vos.

No juzguéis al Señor con vana ciencia
 Y en su misericordia confiad,
 Que tras una ceñuda providencia
 Os oculta su amor risueña faz.

Madurarán sus fines; bienhechora
 Se ostentará la mente del Criador,
 Y el que áspero botón palpáis ahora
 Convertido veréis en blanda flor.

La torpe duda, escudriñando el cielo,
 No rasga su densísimo capuz,
 Tan sólo Dios descorrerá su velo
 Y á nuestros ojos enviará la luz.

Agosto de 1852.

EL BRINDIS DE UN CABALLERO

(De Walter Scott.)

Termina ya el festín, las anchas copas
Un paje llena de espumoso vino;
Los paladines en silencio aguardan,
Al anfitrión mirando de hito en hito.

Alzóse el Conde, y con semblante alegre
Gritó empuñando el vaso: "Mis amigos;
Brindemos por las damas cuya imagen
Guarda y venera el corazón cautivo.
Ejemplo yo os daré..." y el nombre luego
Mentó de la señora del Castillo.

Con frenéticos vivas y palmadas
Fué el brindis amoroso recibido,
Y al punto cada comensal se apresta
A proclamar de su pasión el ídolo.

Bajo la fe de noble y caballero
Rompe de sus amores el sigilo,
Con claro acento pregonando el nombre
De la deidad que alumbra su destino;

Y en medio del aplauso que lo adula,
Pondera cada cual, enardecido,
Las gracias, la hermosura ó la fineza
Del ángel que le roba su albedrío.

Al caballero de León, por último,
Llegó su vez; y con curioso ahinco
Lo escuchan, que es de todos envidiado
Por bizarro y de damas favorito.

"Brindo—exclamó—por la mujer que adoro
Y en luz de gloria circundada admiro;
Viviente altar le consagré en mi pecho
Hasta que dé su postrimer latido.

Esa mujer en el amor me vence,
Y su ternura sin igual conmigo
Perenne vivirá después que se hundan
Vuestros leves amores en olvido;
Porque es más fina, generosa y pura
Que cuantas sueña el juvenil capricho..."

"¡Basta, basta!", los nobles concurrentes
Gritaron, y de cólera el instinto
Llevar la mano al formidable acero,
Con arrebató trémulo, les hizo.

"El nombre, el nombre de la dama al punto,
Caballero insolente, yo te exijo."
Así prorrumpe el orgulloso Conde,
Balbuciente la voz, el rostro lívido.

El de León, con reposado acento,
"Calmad ese furor—afable dijo—;

Guardadlo para cuando en el combate
Lo incite de la patria el enemigo.

Quién es la dama que ensalzó mi labio
Y adora el corazón agradecido,
Sabed, señores: ¡brindo por mi madre!
¿Qué amor me dais cual ese amor divino?"

THANATOPSIS

(Traducida de Bryant.)

Para el mortal que reverente admira
La creación, á su visible forma
El entusiasta corazón uniendo
Con vínculos de amor, vario lenguaje
Natura emplea. En horas de alegría
Ecos le brinda de ventura y gozo,
Y en las amargas horas
Que emponzoña la fúnebre tristeza,
Blandamente en el ánima insinúa
De su doliente amigo
Una voz melancólica, süave,
Que, la profunda agitación calmando,
En corriente apacible sus ideas
Plácida mueve.—Cuando el pensamiento
De los instantes últimos del hombre
En tu agobiado espíritu cayere,
Como la escarcha en débil florecilla,
Y el sombrío ataúd, y la agonía
Congojosa, y el hórrido sepulcro
En negra perspectiva te amenacen,
Y temblando de horror ya desfallezcas,

Sal pronto á la campiña, bajo el ancho
Pabellón de los cielos, y allí escucha
La misteriosa voz que se desprende
De la tierra y las aguas, del abismo
De los aires sin fin.

“En breve plazo

—Dirá la oculta voz —el sol radiante
Que alumbró todo en su triunfal carrera,
Ya no te alumbrará; bajo el helado
Terruño en que tu forma se escondiere
Por pocos años, ó en la mar salobre
Que un momento la abrigue, al fin tu imagen
Se perderá también. La madre tierra
Que alimentó tu vida, sus derechos
Reclamará; los elementos mismos
Con que el ser material te dió en el mundo,
Volverán á su seno; y, ya perdida
Tu identidad, con el peñasco rudo,
O el terrón insensible que el labriego
Pisa y rompe tal vez con el arado,
Se irán á confundir. La añosa encina
Con su bronca raíz irá esparciendo
El vano polvo en que estribó tu hechura.

“Mas no sin numerosa compañía
Al vasto lecho de eternal reposo
Descenderás, ni un tálamo más regio
Pudieras concebir. En él descanso
Lograrás en unión de los Patriarcas
De la edad primitiva, de los Reyes
Y grandes de la tierra, de los sabios,
Los héroes que los hombres divinizan,
Y las beldades que su pecho encienden;

Los poderosos y los buenos, todos
Allí en profusa confusión mezclados,
Los montes de granítico esqueleto,
Antiguos como el sol; los quietos valles
Que yacen soñolientos á su falda;
Los bosques venerandos; lentos ríos
Que fluyen majestuosos; arroyuelos
Triscando alegres por el verde prado
Que esmaltan en mil flores; y en contorno
Derramado, infinito allá en la bruma,
Del hondo mar el lúgubre desierto—
He aquí la gran decoración, el cuadro
Solemne, inspirador de vuestra tumba.
El astro cuya luz engendra el día,
Los luceros que brillan en la noche,
Clara hueste sin número del cielo,
Ardiendo están cual fúnebres antorchas
En los vastos dominios de la Muerte,
Y en tanto vuelan sin rumor los siglos.

“¿Qué son sino un puñado,
Qué son los que se agitan en la tierra,
Al lado de las tribus incontables
Que duermen en su seno? A la mañana
Pedid sus alas de oro, y vuestra mente
Vuele atrevida el arenal cruzando
De Barca, ó bien divague en las florestas
Que baña el Oregón, rumor ninguno
Escuchando, á no ser el de sus ondas,
Y allí, en aquellos páramos, los muertos
También encontraréis; miles, millones,
En esas hoy tan hondas soledades,
De edad remota entre la opaca niebla,

Cansados de vivir, la sien doblaron
 Al sueño entenebrido y sin memoria
 Que duermen todavía. Los difuntos
 Allí ocultan su reino solitario
 Y allí reposan. A tu vez inmóvil
 Con ellos dormirás, de los vivientes
 Silencioso alejándote (¡quién sabe
 Si aun falto de un amigo que te llore!),
 Y todo cuanto alienta, cuanto vive
 Al fin se te unirá. Los venturosos
 Prolongarán su risa cuando mueras;
 Los míseros, su llanto; cada uno
 Corriendo seguirá tras el fantasma
 Favorito; á su turno empero todos,
 La ilusión ó el capricho abandonando,
 Contigo irán para ocupar su lecho.

“En larga procesión los canos siglos
 Pasarán, y los hijos de los hombres—
 El joven de la vida en la mañana,
 El que toca al cenit de la existencia,
 Doncellas y matronas, tierno infante,
 O ya caduco y tembloroso anciano,
 Sin faltar uno solo,
 Tendidos á tu lado iránse viendo
 Por otros y otros más que al fin sucumban.

“Vive, pues, de tal modo, que al llamarte
 Dios á seguir la caravana inmensa
 Que va incesante al reino de las sombras,
 Donde cada viajero encuentra lista
 Su alcoba en los palacios de la Muerte,
 No llegues ¡ay! cual llega á su mazmorra,

De noche, por el cómitre azotado,
 Criminal infeliz; y, en calma, erguido,
 De la esperanza con el dulce apoyo,
 Desciendas á la tumba, cual se mira
 Rendido labrador que llega ufano
 A su lecho, tranquilo en él se arroja,
 Y duérmese al instante
 Olvidado entre plácidos ensueños.”

EL AVE ACUATIL

(De William C. Bryant.)

¿Adónde, entre esos húmedos celajes,
Perdida vas en el confín del cielo?
A dó se tiende al expirar el día
Tu solitario vuelo?

Con ojo hambriento el cazador te sigue
Entre el oro y carmín del horizonte;
Mas ya en el fondo se embebió tu imagen
Del azulado monte.

¿Buscando vas la pantanosa orilla
De quieto lago ó de anchuroso río,
O la arenosa playa en que se aduerme
el piélago bravío?

¿Qué importa? Dios, en la extensión vacía,
Te marca el rumbo con potente mano,
Y cruzas la región del vago viento
Cual nave el oceano.

Batiendo con tesón las luengas alas
Todo el día bogaste allá en la altura,
Y antes que humilles el cansado vuelo
Vendrá la noche oscura.

Sigue, sigue; y, al fin, verán tus ojos
La mansión de apacible primavera,
Que al descanso y al goce te convida
Con dulce compañera.

.....

Pasaste ya; el abismo de los cielos
Tu forma arrebató; mas en mi mente
Quedó esculpida en indelebles trazos
Lección grande, elocuente.

La mano amiga que de zona en zona
Por el desierto azul tus alas guía,
Guiará mi paso en el revuelto mundo
Hasta la tumba fría.

SALMO DE VIDA

(De Longfellow.)

No me digáis en plañidero canto
 "La vida es sueño sin sentido alguno",
 No, que el alma dormida es alma muerta,
 Y algo más que apariencia hay en el mundo.

La vida es en verdad asunto grave;
 No acaba su trayecto en el sepulcro,
 "Polvo eres, hombre, y volverás al polvo"
 A el alma nunca referirse pudo.

Ni al goce ni al dolor predestinado
 Viene el mortal en su mundano curso;
 Luchar es su misión porque mañana
 De ayer aumente el cosechado fruto.

¡Labor inmensa y reducido tiempo!
 Por eso el corazón, siquier robusto,
 Fúnebre marcha toca á la sordina
 Cual un tambor con su crespón de luto.

Del mundo en el vastísimo palenque,
 De ardor ceñidos, con la fe de escudo,
 Entremos como el héroe en la batalla,
 No cual la res si la quebranta el yugo.

Lo pasado enterrémoslo en olvido
 Y, sin soñar en porvenir seguro,
 El rápido presente aprovechemos
 Confiando sólo en que el Señor es justo.

La vida de los buenos me alecciona
 Y de sus bellas páginas concluyo
 Que puedo bien, la tierra abandonando,
 Una huella dejar y un nombre puro.

Una huella que en costa solitaria
 Consuelo imparta al navegante rudo
 Después de su naufragio, y fiel le indique
 Para otro viaje el anhelado rumbo.

¡Animo, pues, mortales! y al trabajo
 Daremos con valor creciente impulso,
 Siempre avanzando con alegre espíritu,
 Sin loco afán y sin cobardé susto.

Londres, Junio 7 de 1884.

VIAJES EN MI HOGAR

(De Longfellow.)

Si la lluvia descende con porfia
 Y la veleta, inmóvil algún tiempo,
 Se agita de repente y luego anuncia
 Que viene de la mar furioso el viento,

Mi espíritu recojo; pensativo
 Voy á mi hogar, y en solitario encierro
 Me doy en cuerpo y alma á la lectura
 De libros de viajes ó de versos;

Y al ver lo que otros dicen, ó bien cantan,
 De climas y países extranjeros,
 De mi temprana juventud los días
 Me alumbran con vivísimo recuerdo.

Paréceme que escucho, como entonces,
 De torrentes alpinos el estruendo,
 Campanillas de mulas en España,
 La música del Golfo de Sorrento.

Alzarse miro entre árboles negruzcos
 La silueta de triste monasterio,
 Las torres de vetustas catedrales,
 Los castillos del Rhin, altos, desiertos.

O voy corriendo en parques y jardines
 Sin sentir el más leve movimiento,
 O el océano férvido cruzando
 Sin miedo á la borrasca y sin mareo.

Ni el polvo ni el calor me mortifican,
 Ni el cansancio me abruma, y atravieso
 Las tierras más distantes yendo siempre
 Mejor que con mis pies, con los ajenos.

Afánense otros por cruzar los mares
 Y el mundo recorrer, climas diversos
 Probando alegres; yo, al volver las hojas
 De un libro, doy la vuelta al mundo entero.

Por escritos de sabios y poetas
 Lo que hay en él de interesante aprendo,
 Pues mis débiles ojos no podrían
 Nunca enseñarme lo que alcanzan ellos.

FIN DEL DIA

(De Longfellow.)

Murió ya el día; la tiniebla opaca
Del ala de la noche vino al suelo,
Cual pluma que soltara desde lo alto
El águila en su vuelo.

Mirando estoy las luces de la aldea
En medio de la lluvia y la neblina,
Y un sentimiento de tristeza á mi alma
La asalta y la domina.

Un sentimiento de tristeza fúnebre
Que no será dolor, mas ¡ay! en vano
Burlarlo intento, que al dolor semeja
Cual llovizna á la niebla en el verano.

Ven pronto á consolarme, dulce amiga,
Y al punto léeme versos melodiosos
Que alivien mi inquietud devoradora
Disipando recuerdos tormentosos.

No el himno de un maestro venerable
Sembrado de sublimes armonías,

De antiguo bardo cuya voz resuena
Del tiempo en las inmensas galerías;

Porque sus poderosos pensamientos
Cual música marcial hieren el alma
El ansia de la vida redoblando,
Y lo que anhelo es calma.

Léeme el canto de un vate más humilde
Cuyos ecos disipen mis enojos,
Del corazón brotando cual la lluvia
De las nubes, ó el llanto de los ojos;

De un vate que, en su largo sufrimiento,
Noche y día y en medio á sus labores,
Tal música al oír allá en su mente,
Calmara sus dolores.

Los dulces, tiernos ayes de ese espíritu
El pulso aquietan en febril congoja,
Como la bendición del sacerdote
Cuando á sus pies el pecador se arroja.

Y luego la canción que tú escogieres
Mejor y más sentida; tu voz pura,
Realce dando al ritmo del poeta,
Endulzará al instante mi amargura.

La noche llenarán tus melodías,
Y el fin de mi penar será tan cierto
Cual próxima partida de los árabes
Que recogen su tienda en el desierto.